TURQUÍA • 39° 07′ N - 29° 17′ E

KAYAKÖY

Piedras de exilio

Si Kayaköy recibe visitas de forma regular, es porque la «ciudad fantasma», como la llaman los operadores turísticos de la región, se encuentra a tan solo ocho kilómetros de la trepidante Fethiye, un centro de vacaciones muy frecuentado de la Costa Turquesa. Resulta sobrecogedor el contraste entre la animación de este litoral mediterráneo situado entre Izmir y Antalya y la siniestra atmósfera que reina en las casas de piedra gris de Kayaköy, alzando al cielo sus siluetas sin tejado; sus ventanas vacías parecen fijas en el horizonte montañoso como miradas ciegas. Lo más impresionante, sin duda, es la similitud de estas casas, alineadas como cubos a lo largo de las calles asfaltadas salpicadas de hierbajos y de higueras cuyas raíces, por un inexplicable milagro, encuentran la manera de colarse entre las paredes en un entorno tan seco.

Fundada a comienzos del s. XVII, la pequeña población poseía varias capillas y dos iglesias cuyo pasado esplendor se intuye al descubrir los vestigios de frescos y fragmentos de pavimento de mosaico blanco y negro. Hasta 1923, sus habitantes, griegos ortodoxos descendientes de los licios, navegantes llegados probablemente de Creta hacia 1400 a.C., se adaptaron a la tutela otomana y vivían allí en concordia con sus vecinos turcos. El Imperio otomano los consideró cristianos, lo que explica su calificativo de *rums,* es decir, romanos, y la cantidad de capillas e iglesias que salpican la ciudad.

En 1923, el tratado que ponía fin a la guerra de independencia con respecto a Turquía impuso la partida de un millón de griegos de Anatolia hacia aquella patria helena que no conocían, y el regreso a la recién estrenada república de unos 4000 musulmanes turcos que vivían en Grecia y los Balcanes. Un buen porcentaje de estos, procedentes de la ciudad de Tesalónica, se instaló en la ciudad que entonces se llamaba Karmylassos, de su nombre licio. Como era de esperar, se le dio un nuevo nombre turco, Kayaköy. Sin embargo, el trasplante no cuajó: un tenaz rumor afirmaba que los griegos habían hechizado sus casas antes de abandonarlas... De hecho, la desafección que afectaba a Karaköy tenía más que ver con los problemas de abastecimiento de agua. Resumiendo, aquellos campesinos, poco acostumbrados a una vida austera, se agruparon más abajo, en el valle, abandonando tras ellos «la ciudad de los gatos», como narra el escritor Louis de Bernières en su novela *Des oiseaux sans ailes* (Pájaros sin alas, 2004) en la que la ciudad fantasma de Eskibahce lo debe todo a Kayaköy. En la actualidad, solo están abiertos algunos cafés para aprovechar el maná del turismo. A veces, algún australiano regresa en busca de sus raíces: son descendientes de aquellos *rums* que, al no poder soportar el exilio en Grecia, decidieron establecerse en las antípodas. Entonces la nostalgia se apodera de aquellas piedras bañadas por el sol...